

Josefo no vacila en darnos por amigo de Herodes <sup>1</sup>. Gustaba César de tener entre sus manos, en calidad de rehenes, á los hijos de esos reyes orientales cuya fidelidad le parecia problemática, aun cuando era deudora de los más señalados favores.

Al volver á Palestina, Antipas se habia casado con la hija de Aretas IV, rey de la Arabia Pétreá, después de concluida la paz entre Herodes y este príncipe por mediación del mismo Augusto. Este casamiento no podía agradar gran cosa al hombre afeminado, que dejando los jardines de Salustio, tenia que ir junto á las montañas de la Judea, y tanto menos no teniendo hijos para asegurar el resultado de las combinaciones políticas que habian motivado tal enlace. Á pesar de todo, tenia que disimular, y en los primeros tiempos la princesa, olvidada en el harem de Maqueronte, no tuvo demasiados motivos para quejarse del marido que su padre le habia dado.

Herodes el Grande acabó poco después su vida, llena de atrocidades, con un crimen más horroroso aún, cual fué el asesinato de su primogénito Antipatro, que bajó al sepulcro sólo cinco días antes que su padre. Esta catástrofe arruinó la fortuna de Antipas, culpable quizá de tener simpatías, ya que no estuviera en connivencia con la víctima. El testamento que le hacia heredero del trono fué rasgado en provecho de Arquelao, y se le dejaba en infantazgo la Galilea y la Perea con el título de tetrarca, menguada compensación, con la cual desde luego no pareció dispuesto á contentarse. Apenas enterrado su padre, marchó á Roma con el fin de defender sus pretensiones contra Arquelao, que también acudió á la Ciudad Eterna algunos días antes que su competidor. Llevada la causa al César, se complicó por las protestas de la

<sup>1</sup> JOSEPH : *Antiq.*, XVII, 1, 3.

### CAPITULO III

#### JESÚS EN CASA DE HERODES.

Pilatus autem audiens Galileem interrogavit si homo Galilæus esset. Et ut cognovit.... remisit eum ad Herodem.... Sprevit autem illum Herodes cum exercitu suo et illius indutum veste alba et remisit ad Pilatum. Et facti sunt amici Herodes et Pilatus in ipsa die.

Luc., xxiii, 6-12.

El príncipe, á cuya jurisdicción remitía Pilatos á Jesús, como á su juez natural, era el hijo quinto de Herodes el Grande, habido de la samaritana Malthakeh, la cuarta de sus esposas <sup>1</sup>. Así era el hermano mayor de Arquelao, á quien su padre común pareció preferir hasta los últimos días de su vida, que por un cambio repentino lo postergó anteponiéndole el hijo segundo.

En medio de las sangrientas disensiones que agitaban la corte, él pasó sin comprometerse, gracias á su natural prudencia, y aun más por haber estado mucho tiempo en Roma bajo la tutela de un delegado de Augusto, á quien

<sup>1</sup> Tenemos de Herodes tetrarca una medalla de bronce, citada por el abate Barthelemy (*Mémoires de l'Académie*, t. XXVI, p. 337), y descrita en el *Recueil des médailles* (vol. *Rois*). En el anverso tiene una como palmera con la inscripción : ΗΡΩΔΙΟΥ ΤΕΤΡΑΡΧΟΥ. En el reverso una corona de laurel alrededor de la palabra : ΤΙΒΕΡΙΑC.—El mismo *Recueil* cita otra medalla del mismo príncipe, en vista de la cual algunos sabios afirman que Jesús nació el año cuarto de la era moderna.

nobleza judía, que pedía se le quitara el mando por no sufrir más tiempo el yugo de los idumeos <sup>1</sup>. La decisión del César no dió gusto á nadie. Arquelao fué confirmado en la posesión de Jerusalén y la Judea, mas con sólo el título de etnarca; Antipas quedó tetrarca de la Galilea, y los judíos tuvieron que resignarse á la dominación de los hijos de Herodes.

El regreso del príncipe se anuló también por la muerte de su madre y las hostilidades continuas con que le perseguía ya el rey de los Árabes para vengar el abandono de su hija. Efectivamente, pronto Antipas sustituyó á la influencia que sobre él tenía su tía Salomé, la de su sobrina Herodiades, casada con Filippo, hijo como él de Herodes el Grande. Esta joven, genio malo de su raza, reunía todas las seductoras condiciones de su abuela, la primera Mariamna, con los instintos perversos de su abuelo. Era digna hermana de Agrípa I, la verdadera aya que educó á esa Berenice y esa Drusila <sup>2</sup>, cuyos desbordamientos cuenta la historia.

Habíala casado con su tío Filippo, nacido de la segunda Mariamna, tercera mujer de Herodes. Príncipe sin ambición, amigo de la paz, que vivía muy á gusto en el retiro, no podía hacer buena pareja con una esposa cuyos pensamientos se encaminaban todos á la dominación y al fausto. La desafección que Filippo la inspiraba la aficionó á su cuñado, hombre intrigante cuyas impaciencias adi-

<sup>1</sup> S. LUC., XIX, 12-28, parece aludir á esta aventura de Arquelao, particularmente en el verso 14: «Cives autem ejus oderant eum; et miserunt legationem post illum dicentes: Nolumus hunc regnare super nos.» — V. THÉRENZ: *Notes on the Parables*, 314. — Cf. FILLON: sobre San Luc., *loc. cit.*

<sup>2</sup> Berenice, hija de Agrípa I, sale citada en los *Hechos de los Apóstoles*, XXV, 13, — y en Josefo: *Bell. Jud.*, II, xxvi, 1, escandalizó al pueblo con sus costumbres equivocadas, lo mismo que su hermana Drusila, casada con el procurador Félix (Act., XXIV, 24). — Cf. JUVENAL., *Sat.*, VI, 136-138.

vinaba ella debajo de su cauteloso lenguaje y proceder. El trato de los dos, que se hizo demasiado íntimo, por no decir escandaloso, excitó murmuraciones de todo el pueblo; pero Herodiades no era para inclinar la cabeza ante ese género de hostilidades. Muy al contrario: le entró comezón de arrostrar la animadversión general, y tanto más fuerte aquélla cuanto más justificada sentía ésta, y, abandonando á Filippo, se fué á vivir con su amante, llevándose consigo á Salomé, la hija que había tenido del marido que dejaba.

Siguióla Antipas en su rebeldía contra la ley de Moisés y la conciencia pública: sin tomarse el trabajo de disolver su propio matrimonio, ni procurar el divorcio de su cómplice, tuvo la ciega osadía de contraer con ella una unión que declaró legítima. La historia no ha conservado rastro alguno de protesta que hiciera el marido ultrajado; pero si nos cuenta cómo la princesa árabe se escapó de las manos de su rival y se refugió en casa de su padre, cuyas tropas no tardaron en causar sangrienta derrota á las del tetrarca <sup>1</sup>. La intervención de César suspendió las hostilidades. Por lo visto las maldades de Herodes no debieron de parecer demasiado graves á esa Roma, donde, según la expresión de Séneca <sup>2</sup>, las matronas contaban sus años, no por los consulados, sino por los divorcios, cuando no llegaban, como aquellas de que habla Juvenal <sup>3</sup>, á tomar ocho maridos en cinco años.

Hacia ya mucho tiempo que el sacerdocio judaico no tenía independencia suficiente para lanzar el anatema sobre los dos adúlteros, y por otra parte á Herodes le habría dado poco cuidado. Biznieto de un sacerdote de

<sup>1</sup> JOSEPH.: *Antiq.*, XVIII, vii, 1.

<sup>2</sup> SENEC.: *De Beneficis*, III, 46.

<sup>3</sup> JUVENAL., *Sat.*, VI, 229.

Apolo, hijo de una samaritana, educado en Roma, más griego que judío, es decir, más gentil que fiel, no tenía que preocuparse demasiado de las excomunicaciones del Sanhedrin. Si subía á Jerusalén en tiempo de las grandes festividades por no romper el último lazo que le unía á la sinagoga, era porque temía la risa burlona de los Fariseos y las rechiflas de la plebe más que las censuras de los doctores y los pontífices. La mayor parte del tiempo lo pasaba lejos de la Ciudad Santa y del Templo, en las risueñas orillas del lago de Genezaretz, en esa pagana Tiberiades donde los verdaderos creyentes habían siempre rehusado establecerse. Las temporadas que no vivía allí se destinaban á jornadas más ó menos largas en Sephoris, vecina del Thabor, ó en Bethabara de Perea, á que llamó Lidias en honor de la mujer del César. Todos estos Herodes habían nacido cortesanos, por no decir algo más: al subir al trono no habían desechado sus hábitos de servilismo, contraidos por su abuelo Antipatro en las antecámaras de los Asmoneos y transmitidos á su hijo, el futuro heredero de sus bienhechores desposeídos.

Antipas es quizá el más acabado tipo de esos príncipes orientales llegados al poder por la violencia y la astucia, que se mantienen en él por el servilismo, tiranos de sus pueblos, ministriles de sus amos. Á imitación de los rajahs de la India, mezcla de insolencia y de baja, era tan abyecto ante Roma, como soberbio en Tiberiades. Tenía todas las malas condiciones del personaje improvisado, el orgullo fastuoso y despreciativo, la prudencia cautelosa y poltrona, la sensualidad insaciable y cruel, la desconfianza de toda superioridad y el odio á toda virtud. Era verdaderamente, como lo dijo Jesucristo, *el zorro*<sup>1</sup>

<sup>1</sup> LUC., XIII, 32: «Dicite vulpi illi.»

que devasta las viñas<sup>1</sup> de noche, cuando se figura que no tiene nada que temer; el chacal que huye al menor ruido y no teme á la sangre si puede beberla sin peligro<sup>2</sup>. Añádanse á estos defectos de origen, de educación y de fortuna, los debidos á su carácter judío cual lo constituía la decadencia del patriotismo y de la fe, y tendréis ante los ojos una de las fisonomías más antipáticas de la historia. El primer Herodes, tenía por lo menos, para atenuar sus defectos, grandes planes y audaces empresas: Herodes Agripa, convertido casi en un patricio romano, se ganaba las voluntades con la elegancia de sus maneras y la prontitud en servir á sus amigos. Antipas no tiene condición ninguna que le permita ocupar un lugar honroso entre estos dos; ni siquiera la mediocre excusa del éxito, pues fué casi siempre tan desgraciado como indiscreto. No supo nunca oír un buen consejo ni tomar una resolución prudente: el Sanhedrin habría perdido completamente el tiempo en llamarle al orden ó en echarle anatemas.

Le quedaba, no obstante, algo de bueno, como se pudo ver cuando Juan Bautista tuvo valor para apostrofarle, diciéndole: «No te es lícito tener la mujer de tu hermano<sup>3</sup>.» La nobleza del Precursor, su elocuencia, su santidad, su influencia, se le imponían por igual. En vano Herodiades le soliviantaba para que tomase medidas violentas; él se resistía, ya por lo que estimaba al penitente, ya por temor de un levantamiento popular. La debilidad de su carácter no le permitió, sin embargo, resistir hasta el fin: en el mes de Mayo del año 31<sup>3</sup>, hizo

<sup>1</sup> CANT., II, 15: «Vulpes.... quæ demoluntur vineas.»

<sup>2</sup> PSALM., LXII, 11: «Tradentur in manus gladii, partes vulpinum.»

<sup>3</sup> MARC., VI, 16: «Non licet tibi habere uxorem fratris tui.»  
Ó 27 de la Era vulgar.

prender al Bautista, que fué conducido á Maqueronte, al otro lado del Jordán, como para precaver cualquier tentativa del pueblo judío en favor del preso. Al principio le trataron allí bien: sus discípulos podían conversar con él, y el príncipe no fué tampoco el último en visitar al ilustre prisionero, á cuyos consejos se mostró dócil en más de una ocasión <sup>1</sup>. Por desgracia, las pasiones podían en él más que la razón: en el día de su cumpleaños, sobreexcitado por la bebida y el lascivo bailar de Salomé, hija de Herodíades, que no temió presentarse á lo diáfano delante los convidados de su tío, se dejó llevar hasta prometerla todo lo que le pidiera: ella pidió la cabeza de Juan Bautista; y en la embriaguez de los licores, de la lascivia y de su estupor, el tetrarca no supo reportarse, y el verdugo no tardó en presentarse en el salón con una cabeza recién cortada, que depositó en una bandeja de plata en manos de la bailarina <sup>2</sup>.

Desde aquel día, Antipas tenía frecuentes visiones funebres por la noche; si no era creyente, era supersticioso, y el pensamiento de que el profeta degollado pudiera levantarse de su sepulcro le perseguía como una amenaza contra la cual no había poder alguno que pudiera protegerle. Por esto, cuando oyó hablar de los milagros de Jesús, su primera palabra fué: «Ese Juan, á quien yo le corté la cabeza, ha resucitado de entre los muertos <sup>3</sup>.» Y al punto puso emboscadas al Salvador, como si las prisiones de Maqueronte hubiesen sido capaces de retener

<sup>1</sup> MARC., VI, 20.—«Herodes enim metuebat Joannem, sciens eum virum justum et sanctum.... et auditio eo multa faciebat et libenter eum audiebat.»

<sup>2</sup> ID., VI, 28: «Attulit caput ejus (Joannis) in disco, et dedit illud puella.»

<sup>3</sup> ID., VI, 16: «Quem ego decollavi Joannem, hic a mortuis resurrexit.»

á uno que, tras cortarle la cabeza, se hubiera escapado del sepulcro. Al saber estos manejos de Herodes, el Maestro hubo de sonreír, y dijo á los Fariseos que con celo hipócrita se les habían revelado: «Id, y decidle á ese zorro que yo lanzo demonios y obro sanidades perfectas hoy y mañana, y al tercer día soy consumado. Pero es necesario que yo ande hoy y mañana y otro día; mas no seré consumado aquí, porque no cabe que un profeta muera fuera de Jerusalén <sup>4</sup>.»

Nunca se habían visto el hijo de Herodes y el Hijo de David; por vez primera iban á encontrarse cara á cara en el umbral del palacio que edificaron los pontífices-reyes de la raza macabea. El *Rey de reyes* <sup>2</sup>, el *Pontífice eterno* <sup>3</sup>, iba á pasar como acusado los umbrales de su legítima morada, para sufrir allí las insolencias de un medio pagano, usurpador de sus derechos, profanador de su culto y manchado con la sangre de sus amigos. Jamás ojos humanos vieron, ni el entendimiento contempló escena más interesante: veamos de reconstituirla con la más escrupulosa exactitud.

Una tradición, por cierto bastante reciente, pone la habitación del tetrarca, sin saberse por qué, en un sitio donde es materialmente imposible que estuviera. El emplazamiento que designa <sup>1</sup> estaba encerrado sin duda ninguna en el recinto de la Antonia, á lo menos en el ensanche del foso abierto delante de Bezetha. El error parece provenir de que la fortaleza sirvió de palacio al primer

<sup>1</sup> LUC., XIII, 32-33: «Ite et dicite vulpi illi: Ecce eficio daemonia et sanitates perficio hodie et cras, et tertia die consummor.... Quia non capit prophetam perire extra Jerusalem.»

<sup>2</sup> APOC., XIX, 16: «Rex regum et dominus dominantium.»

<sup>3</sup> PSALM., CIX, 4: «Sacerdos in aeternum.»—CL. HEBR., VI, 20.

<sup>4</sup> Al norte del arco del *Ecce Homo*, un poco detras del convento de los Damascenos de Sión, muy cerca de la capilla de la Flagelación.

Herodes, y los pedazos de las columnas antiguas encontradas en el sitio indicado, son probablemente un resto del pórtico septentrional del atrio ó del pretorio.

La verdadera morada de Antipas era el palacio construido por Juan Hircano en la extremidad Nordeste de Sión, encima de la correntera que separaba la ciudad de David de la colina del Moriah: vasto edificio de estilo griego, precedido de gran plaza rodeada de pórticos para las asambleas del pueblo, el *Xiatio* de que hace mención Josefo <sup>1</sup>. El palacio se comunicaba por un puente con el ángulo sudeste del Templo, más arriba del valle del *Tyropedón*, de manera que podían los pontífices-reyes penetrar en el atrio de los Gentiles por el pórtico del Mediodía, llamado también el *pórtico real*. La suntuosidad de tal vivienda distaba, sí, de la que Herodes el Grande había desplegado en la restauración de la Antonia, y particularmente en las construcciones que levantó al abrigo de la torre Phasael; mas no por eso dejaba aquélla de ser una mansión muy placentera, donde el lujo asiático se ostentaba con todo su refinamiento: era el retiro que le convenía á un amigo de la vida muelle y tranquila, tal como Antipas la entendía y practicaba mientras esperaba nuevos favores de la fortuna.

Herodiades era, como ya lo hemos dicho, de la raza de los Asmoneos, como nieta de Mariamna, y había tenido parte en la herencia de aquéllos por su padre Aristóbulo. Cuando la Judea fué reducida á provincia romana, los procuradores echaron mano de la Antonia y del palacio de la Ciudad Alta, que pertenecía al etnarca Arquelao. Pero el palacio de los Asmoneos quedó en poder de sus poseedores, y probablemente formó parte de la dote de

<sup>1</sup> JOSEPH.: *Bell. Jud.*, II, xxviii, 3.

Herodiades; y así pudo ésta, más tarde, abrirse al hijo de la Samaritana después que se unió con él <sup>1</sup>.

A la fecha en que nos encontramos, estaba allí desde algunos días antes con motivo de la Pascua. Según su costumbre, se había hecho acompañar de su guardia, cuerpo de tropa bastante considerable que parecía un ejército <sup>2</sup> compuesto de mercenarios de la Tracia, germanos y galos <sup>3</sup>, que recibió, ya instruidos, de su padre, el cual se había aficionado á ellos por su amiga la reina Cleopatra, habitualmente escoltada por bárbaros de las orillas del Danubio ó del Rhin <sup>4</sup>. ¡Misteriosa disposición de la Providencia que llevaba al pie del Calvario, donde iba á morir el Redentor, representantes de todas las razas destinadas á recibir un día su bautismo y á ser miembros de su Iglesia! Mientras llegaba el día en que aceptarán el yugo de Cristo, eran de entre todos los Gentiles, los más despreciativos y los más odiados. Herodes podía entregarse á ellos, seguro de alejar á esos judíos cuyas socarronerías desafiaba y temía al mismo tiempo. La tizona del bárbaro no valía menos que la pica del legionario en opinión de los levantiscos: los mismos fanáticos se contentaban con echar desde cierta distancia miradas furiosas á esos colosos rubios, cuyos ojos escrutadores parecía que se desdeñaban de mirarlos.

Los procuradores no extrañaban que Herodes desplegara estas fuerzas militares que el estado de la Galilea

<sup>1</sup> No es una simple suposición: de la lectura atenta de los documentos contemporáneos se infiere que Herodiades había quedado *única heredera* de los Asmoneos. El palacio del Xixto vino á poder de su hermano Agripa, después de la desgracia de Antipas, en la cual ella se vio también envuelta. —V. JOSEPH.: *Antiq.*, XVIII, vii, 2.

<sup>2</sup> LUC., XXIII, 11.—El texto griego dice: *Ejércitos*.

<sup>3</sup> JOSEPH.: *Antiq.*, XVII, X, 3.

<sup>4</sup> *Id.*: *Bell. Jud.*, I, xv, 4.—Uno de los últimos Asmoneos, Alejandro Janeo, había tenido igualmente guarda extranjera.

justificaba, y de las cuales ellos eran los primeros en aprovecharse si estallaba cualquier sedición en Jerusalén; pues la tropa del rey ayudaba á las cohortes romanas y las suplía en caso necesario. Verdad es que Pilatos y Antipas no se llevaban bien desde ciertos conflictos de jurisdicción en que no nos hemos fijado bien<sup>1</sup>; pero sus intereses les imponían una acción común en caso de revuelta. Aparte de esto, los cuarteles distaban bastante entre sí para evitar incidentes enfadosos, que la rigurosa disciplina de unos y otros hacía también menos frecuentes. Bárbaros y Romanos vigilaban el Templo: los unos al Norte, los otros al Mediodía, pero sin entrar en él, ni siquiera cuando el Procurador ó el Rey se presentaban en el atrio para ofrecer las víctimas que su devoción personal, ó bien la del César, inmolaba á Jehova<sup>2</sup>.

Los Sanhedritas llegaban al palacio á eso de las ocho: avisado el Príncipe de la agitación popular por el paso del siniestro cortejo desde la casa de Caiphás al Consejo y luego desde éste á la Antonia, estaba seguramente en observación en la azotea que dominaba al Xisto<sup>3</sup>. Al acercarse los pontífices mandó abrir las puertas y salió prontamente al encuentro de los visitantes que no solía ver por su casa. El zorro debió de poner cara de agrado y benevolencia al mismo tiempo que las *vboras* suavizaban sus silbidos y escondían sus venenosos agujijones. No era hora de que se mordieran, sino de entenderse para

<sup>1</sup> Se ha pensado que su antipatía venía desde que Pilatos había hecho matar en el Templo á los galileos amotinados por Barrabas, según dicen San Lucas (XIII, 2), hace una alusión oscura á esa ejecución. Ningún historiador contemporáneo habla de tal incidente. Josefo solamente nos dice que los galileos estaban avezados á las sediciones, que no temían producir en el mismo Templo (*Antiq.*, XVIII, ix, 3).

<sup>2</sup> Acerca de los sacrificios ofrecidos en el Templo á nombre del César, véase á Josefo : *Bell. Jud.*, — y PHILON : *Legatio ad Caium*.

<sup>3</sup> V. JOSEPH : *Bell. Jud.*, II, xxviii, 3.

el negocio en que debían concurrir la malicia y la bajeza. Pronto hubo conformidad, más aparente que real, como la que mediaba de tiempo atrás entre los partidarios del uno y los otros<sup>1</sup>; pero en el fondo de todos aquellos agasajos mutuos quedaba fatalmente una diferencia: el Príncipe se reservaba obrar según las circunstancias, mientras los del Sanhedrín querían forzar la máquina á toda costa.

Entretanto, el divino Maestro cruzó la puerta del palacio, y se quedó de pie delante del nuevo juez á quien Pilatos le remitió. Con tranquila mirada recorrió el círculo de cortesanos y satélites; después bajó la cabeza, cual si hubiera querido encerrarse en sus meditaciones. Verdaderamente, en aquel sitio y en aquella hora debieron de agolparse en su memoria grandes recuerdos: representábasele los heroicos Macabeos, seguidos de cerca por sus hijos degenerados, arrastrados, como en una tormenta, por el soplido del poderío romano. Detrás venían los Herodes, devorándose unos á otros, manchando de sangre y cieno sus pavimentos de mármol, jabalíes encenagados en la guarida de los leones, abriendo camino á otros aún más viles, según la ley de todas las decadencias. Antipas le anunciaba á Agripa; Herodiades presagiaba á Berenice. Tras esta gente, Juan de Giscala y Simón Bar-Gioras, el incendio y el asesinato, la destrucción irreparable y el olvido profundo como la nada<sup>2</sup>. Acudía el llanto á los párpados del Nazareno, levantaban su pecho los sollozos, no oía nada ni veía nada, ni á Herodes que multiplicaba sus preguntas, ni á los Sanhedritas que gañían injuriándole, ni á los cortesanos que hacían burla, ni á los soldados que miraban con aire sombrío. Diríase que se ocupaba

<sup>1</sup> MARC., III, 6;—XII, 13.

<sup>2</sup> DANIEL, IX, 26 : «Et finis ejus vastitas, et post finem belli statuta desolatio.»

en penetrar hasta el fondo de aquel abismo de afrenta y de dolor. ¡Patria, patria! ¿Eres tú la que él veía hundirse y oía suspirar en los extremos de esta agonía? ¿Por qué te negaste á recibir la salud que te venía á anunciar? *Ahora era ya tarde* <sup>1</sup>. Demasiado tarde, y lo repetía entre sí, no atreviéndose á decirselo en voz alta á aquella turba, cual si hubiera temido añadir una amargura más á las que habrían de apurar dentro de poco.

Herodes extrañó desde luego este silencio: siempre se habían observado cosas raras en el profeta; precisamente lo misterioso de su persona y de su vida le habían inspirado al tetrarca vivo deseo de verle de cerca <sup>2</sup>, y la circunstancia presente le pareció maravillosamente oportuna para satisfacer su curiosidad. Arbitro de los destinos de Jesús, podía esperar de él, si no ciertas condescendencias (ya sabía él que estos inspirados no las tienen), á lo menos palabras graves, una discusión de las inculpaciones que se le hacían, acaso agrias reconvenciones que le recordaran al Bautista, con la ventaja de que no tenía que temer ahora los aplausos con que las acogieron el pueblo y los Sanhedritas. Cambiaba sus preguntas con habilidad <sup>3</sup>, daba sucesivamente á su voz tono compasivo ó amenazador, hablaba de lo pasado con respeto, de lo presente con simpatía, de lo por venir con discreta reserva en que alternaban el terror y la esperanza. Mas todo en vano: el acusado se encerró en un silencio del cual se comprendía que no podría sacarle poder alguno <sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Luc., XIII, 13: «Jerusalem, Jerusalem, que occidis prophetas, etc.» — In., XIX, 42: «Quia si cognovisses et tu et quidem in hac die tua que ad pacem tibi: nunc autem abscondita sunt ab oculis tuis, etc.»

<sup>2</sup> Luc., XXIII, 8: «Erat enim cupiens ex multo tempore videre eum, eo quod audierat multa de eo et sperabat signum aliquod videre ab eo fieri.»

<sup>3</sup> In., *ibid.*, 9: «Interrogabat eum multis sermonibus.»

<sup>4</sup> In., *ibid.*: «At ipse nihil illi respondebat.»

Su actitud no tenía nada de áspera ni de provocativa, ni tampoco de suplicante. Su frente inclinada no se rendía al peso del miedo ó del dolor, ni huía tampoco de las miradas, sino que expresaba la indiferencia absoluta del acusado respecto á las insinuaciones de sus enemigos y á la diplomacia de su juez. Á no dudarlo, tenía en otra parte el pensamiento, que Antipas se esforzaba inútilmente por sondear.

Rápida luz mostró por ventura al Idumeo la parte que le cabía en las meditaciones del acusado <sup>1</sup>, pero no le convenía confesarlo. En torno de él todos se chanceaban, los espíritus ligeros que no columbraban nada, y los de claro entendimiento que disimulaban por no molestar al Maestro. Entonces aquél aparentó también reirse <sup>2</sup>. ¿No era el único partido que le quedaba?

«No tenía delante de sí, esto era evidente para él, más que un pobre iluso, caído de demasiado alto y estrellado en su caída: la manía de grandezas tiene revueltas que extravían la razón. ¿Á qué venía, pues, preocuparse de las acusaciones que contra él presentaban los Sacerdotes, Escribas y Fariseos, igualmente detestables? ¿Era cosa de tomar armas en provecho de ellos contra esta víctima tan digna de compasión? No, de modo alguno. La cortesía exige en este caso volvérselo á enviar á Pilatos, que pronunciará oficialmente la sentencia de «no ha lugar», y para dejar bien asentado que no cree en la posibilidad de perseguir á este pobre hombre, ordena le vistan de blanco, insignia equívoca, que los Sanhedritas entenderán según les plazca <sup>3</sup>».

<sup>1</sup> THEOPHYLACT., *In Lucam*, loc. cit.: «Jesús... piium judicavit in talibus habere silentium: sermo enim prolatas ei cui nihil proficit, condemnationis fit causa.»

<sup>2</sup> Luc., XXIII, 41: «Sprevit autem Herodes et illusit.»

<sup>3</sup> In., *ibid.*: «Sprevit autem illum Herodes cum exercitu suo, et illust indutum veste alba et remisit ad Pilatum.»

\* «Es en Roma el traje blanco de los candidatos, y puesto que aspira, según dicen, á la corona, le viene perfectamente. Es también el traje de los reyes en Oriente. ¿Por qué este rey de los judíos no lo ha de llevar una vez siquiera en su vida? Es asimismo el vestido de los que son declarados inocentes en los tribunales; y en verdad que se le puede poner<sup>1</sup>. Á los Sanhedritas no les gustará esta última significación; pero ya se arreglarán con el Procurador. Por lo tocante á él, ya se ha echado fuera, más satisfecho tal vez del mal humor de los judíos que del menosprecio hecho al profeta que le han llevado.»

Cuando apareció Jesús cubierto con la ropa blanca, las aclamaciones irónicas de los cortesanos y los soldados saludaron esta realeza de farsa. El populacho judío se entusiasmó y batió palmas, sin ver nada más allá, como sucede ordinariamente á las muchedumbres, esclavas de las primeras impresiones. Pero los sacerdotes y los fariseos se apresuraron á contener tal movimiento, tan contrario á sus planes. ¿Iría á perder la pista la jauría, y se les escaparía la presa en el momento que se figuraban tenerla ya en la mano?

Sin duda les costaba trabajo no protestar inmediatamente contra la decisión de Herodes. Se les sublevaban todas las potencias y sentidos por la injuria que se les hacía á ellos al insultar *de aquel modo* á Jesús. Esa burla del reino judío, ese envilecimiento de un hijo de David, esas represalias de un intruso contra un pretendiente, les llegaban al corazón, por más que el tetrarca lo hiciera todo por zafarse: Herodes se mofaba y se vengaba de ellos, aunque en la apariencia se burlaba con ellos del desgraciado que habían llevado á su presencia. Creían

<sup>1</sup> S. AMBROSIO, *sup. Lucam*, lib. X, n. 403: «Veste alba induitur... immaculate tribuens indicia passionis.»

ver todo eso en la sonrisa despreciativa con que les miraba según iban pasando delante de él, obligados á saludarle y darle las gracias como si les hubiera satisfecho el más ardiente deseo.

Pero no había más sino volver inmediatamente á Pilatos, trabajando de nuevo á aquel pueblo estúpido que con tal facilidad había cambiado y acaso iba á soltar al cautivo persiguiéndole con sus rechiflas y denuestos. En un abrir de ojos quedó sin gente el palacio de Antonias: el tetrarca permaneció aún algunos instantes acodado en los cojines del diván, viendo salir la chusma; después se entró meditabundo, sin saber cómo estimar lo hecho en la jornada. Acababa de reconciliarse con el representante de Roma<sup>1</sup>, y, por lo tanto, de consolidar su crédito con el César; pero por más que hubiera logrado, experimentaba el temor de haber desestimado cierta grandeza misteriosa y atraído sobre su cabeza la venganza de Dios. ¿Era éste el Apolo de su abuelo el Ascalonita, ó el Jehova de Moisés y del Precursor? No sabía bien cuál; pero lo conocía: *la mano de Dios estaba sobre él*<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> LUC., XXIII, 12: «Facti sunt amici Herodes et Pilatus in ipsa die: nam antea inimici erant ad invicem.»

<sup>2</sup> EZECH., III, 22: «Facta est super me manus Domini.»



## CAPITULO IV

### JESÚS ES VUELTO Á CASA DE PILATOS.

Quid igitur faciam de Jesu qui dicitur Christus? Dicunt omnes: Crucifigatur.

MATH., XXVII, 22-23.

Locutus est ad eos volens dimittere Jesum. Nullam causam mortis invenio in eo: corripiam ergo illum et dimittam.

LUC., XXIII, 20-22.

Entretanto el centurión de la guardia avisaba al Procurador nuevo movimiento de la gente hacia la ciudadela, y en seguida la presencia de los Sanhedritas que volvían con su cautivo cubierto con una tela blanca, entre mueras y reclamaciones de justicia romana.

Pilatós se estremeció. ¿Qué podía significar esta vuelta imprevista? Pronto se lo dijeron los enviados del rey: era preciso comenzar de nuevo con menos esperanzas de éxito en el caso de que se obstinara en librar al acusado. ¿Quedaría tan agradecido á Herodes como lo aparentó<sup>1</sup>? Dudoso es, si se piensa en el aprieto en que se encontraba, después de haber dado por orillada la dificultad; para sus adentros debió de echar á los dioses infernales el tetrarca, sus privilegios y sus obsequios. ¡Cuánto me-

<sup>1</sup> Luc., XXIII, 12.

¡jor no hubiera sido para él no haber contado con la jurisdicción del príncipe Galileo, y haber terminado el proceso con una providencia de devolución claramente significada!

Ahora comprendía que el tesón sirviendo á la honradez vale más que la habilidad. Pero era ya tarde. Herodes no tenía ya nada que ver en este negocio cuya responsabilidad recaía toda sobre él, representante de Roma y del César. ¿Cómo era posible hacerse á un lado sin comprometer su autoridad, que en adelante estaría en lucha manifiesta con las pretensiones del Sanhedrin? ¿Qué sería mejor ahora, echar mano de la fuerza, ó continuar empleando la persuasión?

Volvió á bajar despacio las escaleras que conducían al *Lithostrotos*, indicando al comandante de la Antonia las disposiciones que las circunstancias reclamaban. No obstante hallarse muy agitado, conservaba fisonomía imposable á la vista de los soldados, tranquilos hasta entonces, aunque un poco sorprendidos de las órdenes y contraórdenes que se les daban. Cruzó las filas sin pronunciar una palabra, y fué, como una hora antes, á colocarse en los umbrales de la entrada principal. Se había tomado, según parece<sup>1</sup>, una precaución motivada por el número creciente de los manifestantes; un cordón de tropa mantenía al gentío á cierta distancia, y sólo Jesús, con una escolta, estaba cerca del atrio.

Á una señal del Procurador, los príncipes de los sacerdotes y los magistrados, seguidos al punto por el pueblo, se adelantaron colocándose al alcance de la voz<sup>2</sup> y fue-

<sup>1</sup> San Lucas parece indicarlo con las palabras: «Convocatis principibus, etc.» (XXIII, 13.) Pilatos, llamando á los príncipes de los sacerdotes, hace que se le acerquen; la turba les sigue en virtud de la misma invitación.

<sup>2</sup> Luc., XXIII, 13: «Pilatus autem convocatis principibus sacerdotum et magistratibus et plebe...»

ron acogidos con cierto aire de benevolencia y gravedad. Pilatos había tenido tiempo de rehacerse: el partido de la conciliación le pareció el mejor, y lo iba á emplear con tanta más esperanza, porque sus antagonistas podían apreciar mejor su moderación por el aparato de fuerzas que veían desplegadas á su alrededor.

— Me habéis presentado este hombre, les dijo, como culpable de manejos sediciosos, y ved que preguntándole yo delante de vosotros, no hallé en él culpa alguna de las que le acusáis: ni Herodes tampoco; porque os remití á él, y he aquí que nada se ha probado que merezca pena de muerte. Y así, le castigaré y le pondré en libertad <sup>1</sup>.

Todo esto lo dijo despacio, para dar á los Sanhedritas y al pueblo tiempo de pesar las palabras, lo tocante á la justificación del acusado y la parte que había de acusación. Imposible le parecía al Procurador equilibrar mejor las cosas: si la justicia exigía poner en libertad al prisionero, la condescendencia admitía se le impusiera un castigo por la agitación de que él era causa ocasional, involuntaria por lo menos. Así todo se arreglaba del mejor modo posible, y los Judíos no tenían objeción que hacer á la conclusión del asunto.

La amenaza tenía en verdad un carácter de severidad equívoca, y podía verse en ella, según los gustos, una escapatoria insultante para el pueblo, ó una satisfacción temible para el acusado. Quedábanle al juez medios de graduar sus efectos, si así puede decirse, y él se proponía determinarse, según las circunstancias, hacia una solución más ó menos amplia de rigor ó de conmiseración.

<sup>1</sup> Luc., XXIII, 14-16: «Dixit ad illos: Obtulistis mihi hunc hominem quasi avertelem populum; et ecce ego coram vobis interrogans nullam causam inveni in homine isto ex his in quibus eum accusatis. Sed neque Herodes: nam remisí vos ad illum, et ecce nihil dignum morte actum est ei. Emendatum illum ergo dimittam.»

El silencio de los Sanhedritas debió de hacerle entender cuán poco les satisfacía lo propuesto. Evidentemente, no conocía bien á los hombres y menos á las muchedumbres; pero este error más bien le favorece en esta ocasión, pues cede en honra de la dignidad humana. Esperaba emoción y piedad, él, el hombre de Tiberio, ante un sacerdocio y un pueblo que no podía suponer dejaran de tener entrañas, puesto que se llamaban adoradores del verdadero Dios. El *Vae victis*, á su modo de ver, no podía estar escrito en el frontón de un templo donde se hablaba incesantemente de misericordia y de perdón. Por ventura se avergonzaba también de la concesión hecha á la extraviada muchedumbre y á la envidia de los Sanhedritas contra Jesús.

Pues no ignoraba sus rabias y rencor <sup>1</sup> ni las humillaciones que su orgullo les había costado. Sus familias le habían relatado los inflamados discursos del joven profeta, las contestaciones ariscas de los Escribas, las aclamaciones del pueblo y las amenazas de los Principes de los sacerdotes. Indudablemente había pronosticado más de una vez la suerte del reformador, con esa mezcla de simpatía y de escepticismo que hemos podido reconocer en él <sup>2</sup>. ¿Quién sabe si la idea de azotar al Salvador no tuvo relación con los latigazos que Jesús dió á los profanadores del templo patrocinados por Caíphás?

Como quiera que sea, otra idea se unía continuamente, en el pensamiento de Pilatos, á la del castigo. El gentío que se agolpaba á las puertas de la Antonia no podía olvidar la ya antigua costumbre de dar suelta á un

<sup>1</sup> MATTH., XXVII, 18: «Sciebat enim quod per invidiam tradidissent eum.»

<sup>2</sup> Véase el capítulo I del libro IV.

sentenciado á muerte con motivo de la Pascua. Entre los griegos, las ejecuciones capitales se reservaban para los días de gran solemnidad, y este uso parece que había pasado de la Jonia á la Palestina en época difícil de precisar. Los Romanos siguieron la tradición desde que quitaron al Sanhedrin el derecho de vida y muerte; y, para atenuar la odiosidad del golpe, concedieron al pueblo el derecho de salvar á uno de los criminales destinados al suplicio, como para dejarle cierta ilusión del poder supremo. No tenemos ningún documento para fijar la fecha de esa concesión: era esto muy propio del carácter de Augusto, y podríamos atribuirselo si no conociéramos la moderación y prudencia que Tiberio empleaba en los principios de su reinado: de este es más probable que viniera, así como el aumento de autoridad á los procuradores de la Judea. Según otra opinión, esta costumbre, de origen judío, recordaba la salida de Egipto, y los Romanos no hicieron más que conservarla cuando quitaron el *jus gladii* al Sanhedrin de Jerusalén<sup>1</sup>. Sea cual fuere su origen, el pueblo la estimaba en extremo, y lejos de disputársela, había resuelto Pilatos aprovecharla para librar á Jesucristo. ¡Vana tentativa, como pronto lo iba á ver!

Sin mostrar extrañeza por el silencio que guardaban los judíos, dijo con el mismo tono de calma y benevolencia:

—« Costumbre tenéis vosotros que os suelte uno en la Pascua. ¿Queréis, pues, que os suelte al rey de los Ju-

<sup>1</sup> LANOULFO, *Vita Jesu Christi*, pars secunda, c. LXII, 2: « Ad memoriam hujus beneficii (liberationis ex Egyptiaca servitute) in hac solemnitate salvabant unum mortui propinquum... Et istam consuetudinem eis conservari impetraverant ab Imperatore Romano, sicut fuerat observata antequam Judea esset Romanis subjecta. » — Parece efectivamente que Pilatos supone una costumbre nacional. (Cf. JOANN., XVIII, 39.)

dios? ¿Á cuál queréis, á Barrabás ó á Jesús que se llama Cristo?»

Quien se extrañe de la precisión con que Pilatos designa al Salvador, debe saber que el criminal y el inocente se llamaban *Jesús*, según la tradición<sup>2</sup>. Á más de que el sobrenombre de Bar-Abbas, *hijo del Padre*, se lo había apropiado frecuentemente Jesús<sup>3</sup>, y por esto el Procurador temía confundirlos, lo cual era más fácil por la manera con que hablaba el siríaco; pues es probable que se expresara en lengua vulgar para que le entendieran todos. No le parecía bien hacer reír en semejantes circunstancias, ya por respeto á su dignidad, ya por interés su protegido.

Pero otras eran las preocupaciones de los Judíos; el hablar más ó menos correcto del Procurador les importaba menos que su diplomacia, cuyo secreto comenzaban á adivinar, y, en verdad, no era muy difícil.

En vez de dejar al pueblo la elección entre los condenados, como era realmente la costumbre, Pilatos proponía un nombre, el más odioso y vil, con la intención evidente de que recayera sobre él la execración general y, por consiguiente, mereciera las simpatías el nombre de

<sup>1</sup> JOANN., XVIII, 39: « Est autem consuetudo vobis ut unum dimittam vobis in Pascha. » — MATTH., XXVII, 17: « Quem vultis dimittam vobis, Barabam an Jesum, qui dicitur Christus? » — MARG., XV, 9, et JOANN., XVIII, 39: « Vultis dimittam vobis regem Judaeorum? »

<sup>2</sup> Según la versión armenia y algunos manuscritos griegos, citados por Orígenes, el bandido se llamaba *Ἰησοῦς Βαρεββᾶς* (MATTH., XXVII, 16 y 47). — Esta lección, que siguen muchos sabios alemanes, no es universalmente aceptada. Cuanto al nombre de Barrabás, toma las formas de *Barrabba* (hijo del doctor) y de *Barrabban* (hijo del amo) en algunos manuscritos griegos. San Jerónimo está por *Barabba* (hijo del padre). Es posible, dice FILLION, que *Abba* haya sido un nombre propio; pero no hay pruebas de esto. — RENAN (*Vie de Jésus*, p. 406) prefiere *Jésus Bar-Rabban*.

<sup>3</sup> MARG., XIV, 36; — JOANN., I, 48, etc. — La Iglesia ha conservado este nombre en el *Gloria in excelsis* y en el *Te Deum*.

Jesús. Aunque no se tomara en cuenta su inocencia, oficialmente comprobada, no se podían comparar los cargos que se le achacaban con los crímenes reconocidos en Barrabás; si Jesús podía parecer un visionario peligroso para la ambición y las pasiones de cierta gente, al cabo en nada les había disminuido sus riquezas y poderío. La lección de su caída debía servirle para siempre y, en todo caso, serviría para la gente, que de allí en adelante se apartaría de él, si es que encontraba ya discípulos que le ayudaran á predicar su doctrina. Todo eso estaba ya muerto, muerto del todo, y el Procurador no temía mezclar en la pregunta su poquito de burla contra ese fundador de una monarquía arruinada antes de existir: «¿Queréis que os suelte al rey de los Judíos?»

Mientras esperaba que le respondieran, y porque el acto de dar libertad al condenado tuviera toda la solemnidad conveniente, se subió al *bema*, colocado en medio del foro <sup>1</sup>.

Era esta una de las formalidades que por derecho acompañaban á las decisiones de los procónsules y pretores <sup>2</sup>; el Procurador, asimilado á estos representantes de la justicia suprema, debía conformarse al ceremonial establecido. El pueblo le veía de bastante lejos en aquel tribunal detrás del gran arco de la Antonia. Reinaba cierta calma en la plaza, que recorrían los sacerdotes y los Escribas yendo de grupo en grupo para asegurar el éxito de sus combinaciones. Nada descubría aún el resultado de aquellos manejos, que el Procurador observaba con interés, admirado particularmente del contraste que

<sup>1</sup> A. RICH: *Dictionnaire*, v. *Pulpitum*. — PAULY: *Encyclopædie*, v. *Tribunal*.—En las ciudades en que los magistrados tenían morada fija, la tribuna era de piedra; en los campos era de madera.

<sup>2</sup> SUTONIO: *Cæsar*, c. XLVI.

formaba la agitación de los Sanhedritas con la resignación de Jesús.

De pie, delante del tribunal, en medio de un piquete de legionarios, el Galileo parecía indiferente á cuanto en torno suyo pasaba, ó más bien, absorto en una meditación de la que nada podía distraerle. ¿En qué estaba pensando? Algo habría dado Pilatos por saberlo; mas no se atrevió á preguntárselo, temiendo estrellarse una vez más en el mutismo que ya antes admiró sin comprender nada. Una voz interior se lo decía: quien verdaderamente dirigía todo aquello no era, el Sumo Sacerdote, ni Herodes, ni él mismo, poderoso legado de Roma y de César: todos ellos obedecían á una voluntad más alta, cuyo misterio pensaba columbrar si penetraba en el alma de su cautivo.

Entretanto que revolvía estos pensamientos, un sirviente se le acercó respetuosamente y le entregó unas tablillas, en las que su mujer había escrito algunas palabras <sup>1</sup>:

«No te metas con ese justo, le decía, que he tenido esta noche una visión que me ha hecho padecer mucho por causa de él.»

La intención era manifiesta. La esposa del Procurador temía ver el nombre de su marido y el del profeta juntos en esa horrible solidaridad que une á la víctima y al verdugo con lazo tanto más apretado cuanto más pura es la sangre que se derrama. ¿Á qué visión aludía en sus tablillas? No lo sabemos; pero si damos fe á la tradición de los Griegos <sup>2</sup>, ella había merecido reconocer en Jesús al Hijo de Dios y Salvador del mundo, á quien no tenía aún valor para confesar públicamente.

<sup>1</sup> MATTH., XXVII, 49: «Sedente autem illo pro tribunali, misit ad eum uxor ejus dicens: Nihil tibi et justo illi: multa enim passa sum hodie per visum propter eum.»

<sup>2</sup> *Evangelio (apócrifo) de Nicodemo*, c. 2. — Cf. NICOPHON.: *Hist. Eccles.*, 1, 30; — ORIGEN.: *Homil. in Matth.*, XXXV.

Lo cual no tiene nada de extraño. Los *prosélitos de la Puerta*, es decir, los Gentiles convertidos al judaismo, pero retenidos á cierta distancia por los Israelitas de nacimiento, eran numerosos en Roma, y las damas de la nobleza ponian empeño particular en inscribirse entre los nuevos creyentes. Prosélita era una Fulvia, lo mismo que Poppea, esposa de Nerón, como lo afirma Josefo<sup>1</sup>, tan formal en este punto como Juvenal y Horacio. ¿Debia Claudia Procla su iniciación á los judíos del Transtevere<sup>2</sup>, ó la había recibido durante su permanencia en Palestina? Poco nos importa: baste saber que participaba de la fe judía. La predicación de Juan Bautista debió de hacerla pensar, infundirla tal vez deseo del bautismo, y más aún, del pronto advenimiento del Mesias-Redentor. No cabe duda: según el recado que envió á su marido, era una de esas almas rectas, preservadas del veneno fariseo, deseosas del reino de Dios y preparadas para recibir la palabra evangélica. Si Juan Bautista le había llamado la atención, con mucho mayor motivo debió de seguir los pasos de Jesús á través de la Galilea y la Judea, buscando ocasión de verle y oírle cuando subía al Templo para las fiestas de la Pascua<sup>3</sup>.

Entre las damas que la rodeaban en Jerusalén, tenía probablemente alguna de las mujeres nobles que servían á Jesús, como Susana y Juana, la mujer de Cuza, procurador de Herodes<sup>4</sup>. El centurión de Capharnaum<sup>5</sup>, el otro de Cesárea (Cornelio, que mandaba la cohorte itáli-

<sup>1</sup> *Antiq.*, XX, II, 4; — *Bell. Jud.*, VII, IX, 30. — Cf. sobre Roma: *Antiq.*, XVIII, III, 3. — HORAT.: *Satir.*, I, IX. — JUVENAL.: *Satir.*, VI, 543 y sig. — PERS.: *Satir.*, V, 176.

<sup>2</sup> Cuartel de Roma en que había muchos Judíos, así como en la Suburra y hacia la puerta Capena.

<sup>3</sup> BELARMINO: *Annales*, ad ann. 44.

<sup>4</sup> LUC., VIII, 3.

<sup>5</sup> *Id.*, VII, 2 y sig.

ca)<sup>1</sup>, y otros oficiales, como los tribunos que le sucedieron en el mando de la Antonia, debieron de hablarle del Profeta y disponerla á ver en él al Salvador de Israel. Estaba próximo el día en que se marcharía en pos de él con ardor y fidelidad bastantes para merecer contarse en el número de sus elegidos<sup>2</sup>; pero ese día no había llegado aún, por lo menos á juzgar por las apariencias. Probablemente creía que su posición le imponía el deber de no manifestar demasiado sus creencias, ó bien no tenía aún bastante luz para decir con Marta: «Señor, yo creo que eres el Cristo, hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo<sup>3</sup>.»

De todos modos, no había podido ver sin dolorosa emoción los incidentes de aquella madrugada, tan embarazosa ya y que amenazaba con hacerse más pesada todavía para su marido. Adivinó la obstinación de los Judíos y la perplejidad del Procurador, aun antes de que la lucha llegara á su período agudo, como pronto iba á llegar. Cuando el reo fué enviado á Herodes, se le descargó el corazón; cuando le volvieron de allí quedó abatida. Pronto adoptó su resolución: intervendría para sostener la energía de Pilatos, invocando á la vez la conciencia del magistrado y el cariño del esposo.

Con esta ingerencia, por más que otra cosa parezca á primera vista, coadyuvaba á las miras del Emperador y del Senado. Con efecto, la ley *Oppia*, confirmada por Augusto, prohibía desde antiguo á los magistrados enviados á las provincias llevar consigo las esposas, á las que

<sup>1</sup> *Act.*, X, 1 y sig.

<sup>2</sup> El *Menologio* de los Griegos la pone en el catálogo de los Santos el día 27 de Octubre. — V. FRED. DE MATTHEI: *Nov. Testam.* (Nota sobre el v. 19 del c. XXXII de San Mat.), cit. *Codex III*, fol. 147.

<sup>3</sup> JOANN., XI, 27: «Utiqne Domine, ego credidi, quia tu es Christus Filius Dei vivi, qui in hunc mundum venisti.»

se les permitía solamente permanecer con sus maridos corto espacio de tiempo durante el invierno. Tiberio no fué de ese modo de pensar. Cuando Severo Cecinna pidió la renovación de esta ley, algo caída en desuso, su proposición fué desechada, y un *senatus-consulto* dispuso sencillamente que los magistrados serían responsables de lo que hicieran sus mujeres<sup>1</sup>. Se sabía que eran intrigantes y dispuestas á utilizar su influencia en beneficio de los que la pagaran. Pero el Senado confió también en la influencia saludable de la esposa para los casos en que la moderación y la clemencia necesitan de un padrino junto á un magistrado inclinado á la arbitrariedad y la violencia. De esta intervención se habían visto muy felices ejemplos, y Tiberio era demasiado discreto para que dejara de darla medios de actuar. Claudia, pues, no hacia en eso nada que pudiera disgustar á Pilatos, sino al contrario, y sus tablillas debieron ser muy bien recibidas.

Entretanto los Príncipes de los sacerdotes y los Ancianos continuaban su trabajo de concitar al pueblo, y acabaron por persuadirle que pidiera la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús<sup>2</sup>. El Procurador, ocupado en su lectura, los perdió de vista un instante: cuando alzó los ojos les vió en el umbral del pretorio, y juzgó llegado el momento de preguntar á la multitud con la mayor habilidad para inclinarla al resultado que él deseaba<sup>3</sup>. Volvió á resonar la gritería, expresando impaciencia porque aquello acabara pronto. Pilatos se apresuró á preguntar:

—«¿Á cuál queréis que os suelte, á Barrabás ó á Jesús?»

Fué aquello un paso de teatro. Oyéronse al punto feroces aullidos en que gritaban todos:

<sup>1</sup> TACIT.: *Annales*, III, 33-34.

<sup>2</sup> MATH., XXVII, 20: «Príncipes autem sacerdotum et seniores persuasurunt populo ut peterent Barabbam, Jesum vero perderent.»

<sup>3</sup> LUC., XXIII, 20: «Volens dimittere eum.»

—«Déjanos libre á Barrabás<sup>1</sup>.»

Pilatos no podía creer lo que estaba oyendo; evidentemente el pueblo le había entendido mal. Pronunció de nuevo el nombre de Jesús:

—«¡No! ¡Ese no!» gritó el populacho; «¡queremos á Barrabás<sup>2</sup>!».

Ya no había duda; el bandido había sido designado claramente. Entonces con tono irónico dijo el Procurador:

—«¿Qué queréis, pues, que haga con el Rey de los Judíos<sup>3</sup>?»

—«¡Quítale de ahí, y danos á Barrabás<sup>4</sup>!».

Pilatos se obstinó; sintióse lleno de indignación, y dijo:

—«Pero Jesús lleva entre vosotros el nombre de Cristo<sup>5</sup>.»

—«¡Crucifícale, crucifícale<sup>6</sup>!».

Esto era ya demasiado violento. Sublevóse la conciencia y el honor del Romano, y se le redobló el desprecio con que miraba aquella chusma y á los que la manejaban.

—«¿Pues qué mal ha hecho este desgraciado? No encuentro en él nada que merezca la muerte. Consiento en castigarle; después le dejaré en libertad<sup>6</sup>.»

¿Qué les importaba ya el sesgo propuesto por ese juez singular, que tenía por evidente la inocencia del acusado, y sin embargo hablaba de castigarle? Se reconocían ya dueños de la situación; con un poco de tenacidad vencerían aquella resistencia. Á la indignación del juez

<sup>1</sup> MATH., XXVII, 21: «Quem vultis vobis de duobus dimitti? At illi dixerunt: Barabbam!»

<sup>2</sup> JOANN., XVIII, 40: «Non hunc sed Barabbam!»

<sup>3</sup> MARC., XV, 12: «Quid ergo vultis faciam regi Judæorum?»

<sup>4</sup> LUC., XXIII, 18: «Tolle hunc et dimitte nobis Barabbam.»

<sup>5</sup> MATH., XXVIII, 22-23: «Quid igitur faciam de Jesu qui dicitur Christus? — Dicunt omnes: Crucifigatur!»

<sup>6</sup> LUC., XXIII, 22: «Quid enim mali fecit iste? Nullam causam mortis invenio in eo; corripiam ergo illum et dimittam.»

oponían ellos sus risotadas; á sus preguntas respondían con grandes gritos <sup>1</sup>, siempre los mismos:

—«¡Crucifícale; queremos que sea crucificado <sup>2</sup>!»

Y el tumulto se tornaba ya formidable <sup>3</sup>. Los soldados miraban con inquietud y cólera, al lado de sus tribunales, asombrados de la actitud del Procurador. Éste acababa de llamar á un oficial, y de hablarle al oído. ¿Era, por fin, la orden de cargar sobre aquella canalla, y quitar de enmedio á los Sanhedritas?

El oficial volvió á entrar en el palacio; el silencio reinó de nuevo en la turba y en la guarnición de la Antonia, en espera de lo que iba á suceder.

<sup>1</sup> MATH., XXVII, 23: «At illi magis clamabant dicentes: Crucifigatur!».—MARC., XV, 14: «At illi magis clamabant: Crucifige eum.»

<sup>2</sup> LUC., XXIII, 23: «At illi instabant vocibus magnis.»

<sup>3</sup> Ib., XXIII, 23: «Invalescebant voces eorum.»

## CAPÍTULO V

### BARRABÁS Y LA TURBA.

Quem vultis vobis de duobus dimitti?

At illi dixerunt: Barabbam!

MATH., XXVII, 21.

Quid ergo vultis faciam regi Judæorum?

MARC., XV, 12.

Tolle hunc et dimitte nobis Barabbam.

LUC., XXIII, 18.

No hubo que esperar mucho: se presentó un sirviente con una palangana. Al verle se conmovió la concurrencia, como cuando se acerca uno de esos sucesos decisivos, que comprometen irremisiblemente lo por venir.

La ley de Moisés mandaba á los Ancianos de las ciudades en cuyo territorio se hubiera cometido un asesinato, lavarse públicamente las manos delante del cadáver, para protestar contra toda participación en el crimen <sup>1</sup>. Este rito no se observaba solamente entre los judíos, á juzgar por ciertas *lustraciones* que usaban los griegos y los romanos <sup>2</sup>; pero es probable que el Procurador miraba especialmente á la costumbre judía, cuando mandó que le trajeran agua. De todos modos, su intención era manifiesta. Junto á aquella víctima, cuya muerte le pedían, quería lavarse las manos á la vista del pue-

<sup>1</sup> DEUTER., XXI, 1-9.—Cf. Tratado *Sota*, VIII, 6.

<sup>2</sup> OVIDIO (*Fast.*, II, 43) alude á ellas en estos versos:

«Ah nimium faciles tristia crimina cædis  
Flumina tolli posse putatis aqua!»